# HANNIBAL,

## ESCENA LIRICA ORIGINAL,

## O SOLILOQUIO UNIPERSONAL,

### EN METRO ENDECASILABO CASTELLANO.

*Representada en el Coliseo de la Ciudad de Cadiz, y en los de esta Corte, por el Señor Luis Navarro.*



### ARGUMENTO.

*Hannibal; natural de Cartago, fué uno de los grandes Capitanes que abatieron el orgullo de la ambiciosa Roma (1), como refiere Cornelio Nopote, en el breve Epítome de la Vida, y hechos de este insigne Varon: Tito Livio en su Historia Romana, y otros Comentadores de las guerras Púnicas. Despues que Hannibal fué derrotado en Africa por P. Cornelio Scipion, se convinieron las dos Repúblicas, á establecer la paz, que efectuaron felizmente. Pero como llegasen á Cartago Embajadores de Roma, á impetrar el destierro de Hannibal, con el fin de que fuese depuesto de todos los cargos que obtenia en la Milicia: éste rezéloso de que su Patria intentase sacrificar su honor, y vida á la tranquilidad de las armas, y del pueblo, se ausentó secretamente y peregrinando de un Reino en otro, no hallándose en alguna parte seguro de las solicitudes del Senado Romano, llegó á Bithina, cuyo Monarca le ofreció su favor, y señaló hospedage: pero no tardó en quebrantar la prometida fe, cediendo á las instancias de los enemigos de Hannibal, que marchando orgullosos á prenderle, le hallaron ya cadaver á la violencia de un veneno que acostumbraba á llevar siempre consigo. Esta es la accion que contiene el siguiente Drama unipersonal.*

### MUSICA.

*Representa el Teatro la estancia, ó habitacion de Hannibal, con una ventana á cada lado, que figuren estar cerradas con fuertes aldabas, y cerrojos, excepto los pequeños postigos que serán movibles: Retrato de Amilcar Africano á un lado: mesa con un jarro de agua: estoque, celada, capacete, y demas armas de acero, puestas en una especie de armero: silla, y á lo léjos estruendo marcial.*

(1) Quam (vitam) ne alieno arbitrio dimitteret, memor pristinarum, venenum quod semper secum habere conmeverat, sumpsit, *Cornel. Nep. de vita Excel, Imp.*

*Hannibal (en trage Africano) como agitado de una turbacion vehemente, se conduce á la ventana del lado izquierdo, observa por el postigo con recato; cierra, y oprimiendo la frente con ambas manos, se suspende algun tanto: corre á la otra ventana; acecha del mismo modo; se sobresalta, y despues de una breve pausa comienza la representacion.*

HANNIBAL.

¡Mi mal es cierto!.... Sí.... ¡yo soy perdido!....
¡Terrible multitud de gente, y armas
se conduce á este sitio!.... No me engaño....
Entre la parda nube, que levanta,
de polvo denso, la confusa tropa,
brutos relinchan, y los fresnos tascan.
¡Los petos centellean con los rayos
del Sol heridos! ¡Las agudas astas
activamente brillan: y las plumas
arden en las cimeras aceradas!....
¿Mas qué digo?... Yo sueño... No es posible...
Los ojos son falaces. Esas guardias
serán para otro fin.... Distante rumbo
sin duda siguen... No, no temo nada...
Pero ¡triste de mí! Ya ha mucho tiempo,
que los hados terribles, las sagradas
Deidades; toda la naturaleza,
conspiran contra mí.... ¡Sí, me amenazan,
me oprimen, me persiguen de mil modos!...
Volvamos otra vez, desconfianza,
á observar el dudoso airado golpe,
que al corazon abate, y sobresalta.

MUSICA.

*Se acerca con temor, observa por una ventana, y cierra violentamente el postigo: vase para la silla con las mas vivas expresiones de sentimiento, y dejándose caer en ella, dice agitado.*

¡Ah destino cruel¡ ¡ya te has vengado!....
He visto entre el tropel de esas escuadras
dos Cónsules Romanos: sus escudos,
mantos, y capacetes lo declaran....
Ya dí en manos de Roma.... ¡Oh! ¡infame Prusia!
tu favor inconstante, tu falsaria
fe me ha vendido.... ¡Infiel!.... has quebrantado
los derechos de Hospicio, la alianza,

y amistad que juraste: sacrificas
con veleidad tiránica, en las aras
de tu cautela, tu infidencia, y trato,
mi vida, mi valor, y confianza...
vosotras, ¡ó Deidades inmortales!
vosotras sois testigos de esta ingrata
pérfica accion, de este hecho, de este crimen,
el mas fiero, el mas bárbaro, y que espanta
á la síncera, y fiel naturaleza:
vosotros advertís esta tirana
culpa presenciais este delito,
y él al fin se comete, sin que haga
la espada del castigo movimiento....
¿Dónde está la justicia? ¿Dónde?... ¡O sacras
Deidades! ó es acaso vuestra esencia
del crímen, y maldad originaria
ó vuestro brazo obtiene ciertamente
debil poder, y fuerzas limitadas.

MUSICA.

*Se levanta de la silla, y demostrando variedad de pensamientos, unas veces intenta volver á observar, otras dirigirse á la puerta; pero á nada se determina, y dice con impulso:*

Ea, pues, alma mia, ¿qué resuelves?...
¿Qué determinas?... ¡Ah!... que mi desgracia
no halla remedio... no... la medicina
dista del mal; y la muerte airada
desde la puerta del humbroso Aberno
con su pálida mano me señala...
¡Hannibal infeliz! ¡Qué imagen triste
se te presenta! ¡O cielos!... Subyugada
al triunfal carro le cerviz altiva
entras ya por las calles, y las plazas
de la orgullosa Roma: todo el pueblo
te rodea; y aquel que antes temblaba
el eco de su nombre, ahora corre
intrépido á insultarte: ya con ansias
al Capitolio llegas; y en sus losas
el labio triste con rubor estampas...
El Cónsul.... ¡Ah!... el Cónsul que venciste
rubrica tu ruina, y las tiranas
Legiones, que en mas gloriosos tiempos

respetaron tu sombra en la Campaña,
con bárbara impiedad tu yerto cuerpo
hasta la cumbre del suplicio arrastran.
¡O mísero!... ¡Qué digo!... ¿Yo soy ese?
Este despojo infauto... ¿esa humillada
pompa ese padron de la fortuna
es Hannibal acaso?... ¡Ah! Soberanas
influencias!... ¿Yo existo por ventura?...
¿Yo aliento?... ¿Yo respiro?... ¡O duda vana!
Yo existo, sí: yo animo, aun no fallezco;...
y á pesar de mi honor, y mi arrogancia
soy despojo de Roma; soy objeto
de sus iras, despechos y venganzas.

*Queda en un profundo abatimiento, y vuelve con mas serenidad, aunque con eco sentido.*

Pero á esa República ambiciosa
no culpa mi dolor: ella se arma
contra un fiero ribal que la intimida,
que ha doblegado su cerviz tirana;...
de tí, sí, Patria injusta me lamento...
tu emulacion, y envidia me preparan
esta afrenta, me arrastran á este trance,
á tanta pena, y á desdicha tanta...
sí, inhumana, conspiras ciertamente
contra mi vida con mayores ansias,
con mayor interes, afan mas grande
que la sangrienta Roma... ¿Mas qué causa
origina tu odio? ¿Qué motivo
excita tu rigor? ¿Por qué así clamas,
y solicitas mi fatal ruina?
¿Acaso porque el eco de tu fama
he dilatado desde el Mediodia
al frio Septentrion, de la escarchada
cabeza de los Alpes al undoso
reflujo de las playas Gaditanas,
y del fluido Tiber á los secos
arenosos desiertos de la arabia?
¿Porque arranqué animoso de las manos
de tu ribal tremendo la pesada
servil cadena, que en tu cuello dócil
imponer pretendia su arrogancia?

¿Porque daba á tu frente cada instante
repetido laurel, nueva guirnalda,
nuevo trofeo?... ¡Ah! Yo no lo diga:
hablad vosotras, sí, selvas Hispanas,
Itálicas Florestas: tú, profundo
Rodano, numérale á mi Patria
las veces que gloriosas sus banderas
retratáron mis triunfos en tus aguas...
vosotros, ó recintos de Venecia,
del Pó, del Trasimeno frescas playas,
mostrad esos funestos obeliscos
de cadáveres: dad de viva estampa
esos Cónsules, Rufo, Tito Gracho,
fugitivos correr á las montañas
explorando un asilo: los Servilios,
los Lelios, los Marcelos entre ansias
exhalando suspiros moribundos:
esos, carros, banderas, petos, hastas,
capacetes de tantos Capitanes,
en desórden sembrados por la parda
sangrienta tierra... Alzad tambien el eco
ruinas de Sagunto, cumbres altas
de los Alpes, fragosos Pirineos...
Mas no; callad... cesad... ¡pretension vana!
¡inútiles clamores! La terrible
Cartago sabe bien, que con mi espada
he tenido suspensa á la fortuna:
sabe que sobre el plan de mis hazañas
los hados, y el destino no han tenido
poder alguno: que su nombre, y fama
son hijos de mis hechos; mas con todo
mi vida le fastidia: piensa y traza
de Hannibal la ruina... ¡O infidencia!
¿De qué nacion se cuenta tan tirana
ingratitud?... venid, venid, feroces
moradores de Scitia, almas criadas
en las hórridas grutas donde ruge
el furioso Leon, el Tigre brama:
venid, y si aprender quereis crueldades,
mirad mi situacion, ved á mi Patria.

MUSICA.

*Permanece suspenso en ademan de un sentimiento penetrante, y repentinamente vuelve en sí sobresaltado, unas veces en accion de atender, y otras con inquietud extraña.*

¿Qué podré hacer?... ¡O pena! Ya el estruendo
se percibe mas cerca... ¡Qué inmediata
advierto mi desdicha!... ¡Ay de mí triste!
Los inhumanos llegarán con rabia
infernal, y rompiendo los cerrojos,
abatiendo los quicios, y las altas
robustas puertas, con impias manos
me arrastrarán, cual presa que á la saña
de los fieros lebreles va cediendo
de diente, en diente ya despedazada.

MUSICA.

*Con mayor sobresalto y confusion.*

¡Qué confusion me cerca!... ¡Qué terribles
sobresaltos!... Qué ideas tan infaustas!
Parece que no soy aquel caudillo
que hizo temblar al Orbe con su espada...
¡Qué pánico terror!... Ya me imagino
sepultado en las pálidas entrañas
del abismo, cercado de mil sombras,
y suspensa la máquina agitada,
es mi ser, en un frágil equilibrio,
éxtasis doloroso, que la embarga,
y confunden en las tristes frigideces
del caos y de la noche... ¡Pena amarga!
¡dolor agudo!... ¡Ah!... ¿quién entre tantos
horrores, y tinieblas, una clara
antorcha me dará, que sea mi norte?...
¿A dónde os ocultais, Deidades santas,
protectoras de míseros?... ¿vosotras,
que consolais las almas perturbadas,
que socorreis al infeliz, y al triste...
Pero no... no os invoco... Ya no clama
mi corazon auxilios inflexibles...
A vosotros dirijo mis postradas
anciosas voces, genios horrorosos,
Dioses del Lago Stigio, negras almas
del Tártaro profundo, sed clementes...

rasgad ya vuestras hórridas entrañas,
abrid vuestras mansiones pavorosas,
y envolved entre pasmos, penas, y ansias
mi yerto corazon; pues no hay Deidades
que me escuchen; no envian ya su gracia
los cielos: no decienden las piedades:
cesó la proteccion: justicia falta...
y los Orbes del Cielo, y de la tierra
el órden pierden, su belleza empañan...
¡Padre! ¡Padre!

MUSICA.

*Con acciones que indiquen una mortal desesperacion, se conduce, y apoya la cabeza en un extremo de la Scena; pero de repente vuelve á los mismos extremos, y yendo ácia el lado donde está pendiente el Retrato de Amilcar, alza la vista á él, y con un grito retrocede de espaldas hasta caer en la silla.*

¡O Amilcar, afortunado!...
¿para qué te presentas en la amarga
situacion que consterna á tu hijo triste?
No me acordeis, Señor, vuestras palabras...
mi juramento... el Cielo... vuestros ruegos
¡Ay triste!... nuestros votos... mi desgracia.

MUSICA.

*Despues de un transporte vehemente, prosigue con animosidad.*

Pero tú, Padre mio, en este instante
á mi débil memoria, trastornada
con tal pena, presentas los retratos
de mi honor, tu virtud, y tu enseñanza.
Yo siento ya un valor, un brio heróico,
que cual jugo nutricio por las ramas
del sauce corre, me penetra activo
del corazon las partes desmayadas.
Ya vuestras nobles voces, en mi oido
vuelven á resonar: voces que el alma
indelebles conserva. Ante el Gran Jove
Optimo Maximo... sí, ante sus aras,
la cabeza inclinada, y ambas manos
puestas sobre la losa sacrosanta,
me mandaste jurar para con Roma
de un implacable odio la observancia.
Desde entónces, Señor, respiro solo

los mas vivos deseos de arruinarla.
He roto sus Legiones, he asolado
sus pueblos; han huido de mi espada
sus Cónsules... Mas ya se ha trastornado
el carro que mis triunfos arrastraba...
se cansó la fortuna: el mismo Marte
rezeló que su Imperio le usurpaba;
y todos contra mí se conjuráron...
Si, Padre mio, escucha: nuestra patria
fué la primera que aguzó el cuchillo
sangriento fugitivo de su saña,
huyendo sus rigores, mendigando
por diversos Imperios, y Comarcas
un extraño favor, llego á Bithinia:
me recibe su Rey, y me afianza
su proteccion... ¡mas hay! que es por venderme,
por ponerme en las manos sanguinarias
de mis ribales... Ya, ya como hambrientos
hircanos Tigres, que las escarpadas
cabernas del Caucaso, el arte aprenden
de deborar, se acercan con la ansia
de asirme... ¡O infelice!... Las excelsas
victorias, los blasones, y la fama
de que hiciste mi rico patrimonio,
mi herencia, y mi tutela: ahora acaban...
ya van á fenecer... ¡Dia aciago!...
¡Dia funesto!... ¡Lleno de desgracia!
¡Lleno de horrores! ¡Lleno de amarguras!
No siento, no, la muerte que amenaza
mis alientos: los Héroes generosos
triunfa de su furor con la constancia:
la injuria sí, la afrenta, el vilipendio
que en tan dura ocasion mi pecho aguarda,
es la sierpe inhumana que me roe
el negro corazon: la Hidra insana
que envenena mi sangre; la cruel furia
que despedaza, y muerde mis entrañas,
siendo mis venas, nervios, médulas
hogueras del dolor, de angustia, y rabia.

MUSICA.

*Vuelve del transporte con serenidad.*

¿Mas qué digo?... ¡Insensato!... Llamas dia
terrible, al que ha nacido para tanta
gloria, y esplendor tuyo? ¡Qué delirio!...
A tus pies, Padre mio, rindo gracias
por esa heroicidad con que me influyes:
me inspires una muerte acrisolada
con los rasgos de noble y generosa;
y voy á obedecerte... En esta caja
el veneno conservo mas violento,
mas activo, y mortal... ¡Ah! ¡quién pensara
que fuese mi destino! ¡que él hubiera
de premiar mis acciones!... ¡Mas qué vana
fatiga!... Inficionemos prontamente
el líquido cristal, que en esa taza
se contiene... ¡Hay de mí!... De el labio al pecho
corra inundando con finales ansias
mi triste vida: arroje de mis miembros
los espíritus torpes, que se hallan
vanamente empleados... Sí, los ayes,
los lamentos, las voces, las turbadas
potencias, los alientos fallecientes,
cuanto á esta débil máquina realza,
y sustenta: perezca, caiga pruebe
el yelo de la muerte; pues ya nada
importa, todo es vano, inútil todo,
cuando Roma triunfar de mí se jacta,
cuando Prusia su fe tirano rompe,
y sus proyectos consiguió mi Patria.

MUSICA.

*Llega á la mesa con serenidad, y derrama los polvos en el agua: quedase despues mirando la copa, y dicha la primera oracion, se inclina hablando con su Padre.*

Ya miro preparado de mi muerte
el fatídico don... Ya está cercana
la hora triste, que asusta á los mortales...
Ea, Padre, sellemos con la amarga
víctima de este cáliz el periodo
último de las ínclitas hazañas
que me adornan: degemos un modelo

á los Héroes que en Africa renazcan,
para que aprendan á vencer muriendo:
vean en esta copa preparada,
muerte que triunfa, horrores que deleitan,
tormento que complace, iras que alhagan,
suplicio que es victoria, pues sus filos
lauros eternos en el bronce graban.

MUSICA.

*Vase para la mesa, contempla la copa, y se sienta con ademanes de inquietud: despues se levanta con desesperacion.*

¡Ah! no inutilicemos, no perdamos
los mementos que acaso de la alta
esfera se deslizan... Sí, la muerte,
esa furia terrible gime, y clama
por volar sobre mí: con negra boca
la cadena robusta despedaza,
con que yace oprimida en el abismo:
preciso es complacerla... Nobles armas,
vosotras, invencibles compañeras,
tantas veces en guerra salpicadas
con sangre de enemigos... ¡Ah! vosotras
seréis únicos despojos de la ufana
altiva Roma, id á ser obsequio
del implacable Dios de las batallas,
pendientes de los altos alquitraves
de sus adustos templos... ¡Triste!... ¡Cuánta
amargura derraman en mi pecho
estas fieras ideas!... La constancia
titubea... ¡Yo tiemblo! ¡Hay infelice!
otra vez vengativas se levantan
contra mi fantasía las horribles
imágenes, que se hallan sepultadas
en la dulce esperanza de mirarme
abrazando una muerte voluntaria,
de Roma vencedor... Ya estoy mirando
á sus pies mi cadáver, y que osada,
y orgullosa lo pisa... Cruel, prosigue;
acrecienta tu gozo, y mi desgracia:
arranca de la pira mis cenizas,
y con mano festiva disipadas,
y esparcidas, se pierdan por los ayres...

Haces bien: tú egecutas la venganza,
que te ofrece la suerte, y tu enemigo...
En llegando á este punto, en vivas ansias
de dolor y de rabia me consumo...
Tú, pérfida Cartago, no ya Patria,
Madrastra sí, cruel, tú has arrancado
el corazon leal que te animaba,
para manjar del Lobo carnicero:
tú persigues con iras inhumanas
á un bien hechor, á un hijo sacrificas
á un soldado que fué la firme basa
de tus glorias... Deidades justicieras,
Dioses, que fulminais desde la alta
torva esfera los rayos destructores;
Númenes, que vibrais la guerra infausta,
la hambre devoradora y exterminio:
atended los acentos que se arrancan
de mi agraviado pecho, y vuestro brazo
esgrima el filo de la atroz venganza...
sí, Deidades... vomite el hondo caos
sus negras sombras, y tumultarias
llenen de opacidades á Cartago;
las centellas, y rayos en sus altas
soberbias Torres con furor estallen:
del trueno al estrépito sus basas
se desplomen, claudiquen sus linteles,
y tiemblen las columnas elevadas.
Todo, todo sea horror... Crujan los vientos
en choques encontrados, y sus aguas
inunden con dilubio sempiterno
sus recintos palacios, y murallas.
No haya piedad... Furiosos terremotos
desencagen la tierra atormentada;
y así como el horror de esta cicuta
se desploma del labio á las entrañas;
no de otra suerte, por las anchas grietas
se precipite, acabe, rompa, y caiga
hasta el mas hondo formidable seno
del abismo, del caos, y de la nada.

MUSICA.

*Bebe el veneno con ansia desesperada, y prosigue con los extremos que correspondan á las expresiones.*

No os negueis, Dioses justos, á los gritos
de este mortal despecho... Tú, adorada
sombra de mi fiel Padre: en las orillas
de Aqueronte, me espera... Patria ingrata,
yo seré tu terror; mi alma rabiosa
saltando del Aberno, como airada
tempestad, cubrirá siempre tu esfera,
arrancandoles los árboles, las plantas
corrompiendo, las siembras anegando...
¡Padre amado!... ¡Deidades Sacrosantas!...
despegarme el espíritu del cuerpo
miserable, y acaben tantas ansias...
Roma... Roma... Los cielos no se olviden
de tu castigo... O seas arruinada
por esos mismos pueblos que encadenas!
y abatida, oprimida, despreciada,
tú, y Cartago sintais á un mismo tiempo
de los Dioses la rápida venganza...
Yo fallezco gozoso... Estas angustias
son flores olorosas, que en la blanca
losa de mi sepulcro... suavemente...
respirarán gloriosas alabanzas...
No me dejes, ¡O Padre!... estremecéos...
temed... temblad... abominables causas
de mi muerte... Pues todos los celestes
santos Genios... asisten á mi amarga
agonía... y á mi último suspiro...
Sus brazos invisibles ya se arman...
para vengarme... Padre mio, extiende
tu mano fiel... ¡O Dioses!... ¡Ah! mi fama...

*Cae muerto, donde lo cubra el telon.*

FIN.

*Sevilla: Por D. Bartolomé Caro Hernandez.* 1818.